

DEFINICIÓN DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Hernán G. H. Taboada

Merecidamente el texto de Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1984), goza de repetidos comentarios y exposiciones entre los estudiosos de América Latina: recordemos que en él se subraya el papel de los “letrados” como sostén del poder en la sociedad colonial, función central que explica la desproporcionada importancia, numérica y jerárquica, que ocupaba dicho sector. Aunque a ratos discutibles, las observaciones de Rama han podido ser glosadas y útilmente aplicadas a regiones específicas, marcando una línea en la investigación sobre los intelectuales latinoamericanos. Muy escasa proporción de la academia, sin embargo, ha llevado hasta el final la indagación bajo la forma de una reflexión sobre sí misma.

Empecemos a hacerlo recordando la lenta institucionalización de los estudios latinoamericanos: la universidad estadounidense los albergó muy tempranamente, en el siglo XIX; en Europa se fueron desprendiendo poco a poco de la hispanística y de las disciplinas antropológicas englobadas en la americanística. Sólo en las primeras décadas del siglo XX se empezó a ver en España la posibilidad de realizar investigaciones sobre sus antiguas colonias (en las cuales a nadie se le ocurría organizar estudios sobre España). Y en América Latina hubo que esperar muchas décadas más.

Existió por ello, y algunas anécdotas relatadas por Richard Morse nos lo confirman, una etapa en la que se ocuparon de la región principalmente los especialistas extranjeros, con alguna excepción pionera, como la de Pedro Henríquez Ureña en la Minnesota de 1917, o la de letrados itinerantes como José Vasconcelos, Gabriela Mistral o Víctor Andrés Belaunde. Esta situación nos sugiere que el primer latinoamericanismo, en manos extranjeras a semejanza del orientalismo criticado por Edward Said, se enfocaba sobre todo a los libros y el pasado, y que muchos de sus afanes se dirigían a conocer para dominar. Era también una ciencia más bien marginal.

Esta época ida contrasta con los enormes cambios que en el último cuarto del siglo XX han llevado a una muy distinta situación: siguiendo la lógica de la reproducción académica y los procesos sociales de todo tipo, hoy se han multiplicado los centros universitarios, las revistas, los repertorios y los congresos dedicados a los estudios latinoamericanos, así como las tesis enfocadas en su temática. Y paralelamente han llegado a predominar en la disciplina, por varias razones, los latinoamericanos: la más rápida ojeada a los

nombres de titulares de cátedras, autores de artículos o participantes en congresos muestra que los ricos han latinoamericanizado su personal. A Estados Unidos y Canadá, y en menor medida a Europa e incluso a lejanas latitudes sudafricanas y australianas, han llegado profesionales que en vez de limpiar retretes o recoger cosechas, como otros migrantes económicos, se dedican a pontificar sobre las realidades latinoamericanas que han producido el éxodo de unos y de otros, y, como es justicia, a devengar sueldos, merecer viajes, usufructuar becas, divulgar resultados, honrar con su presencia comités evaluadores y difundir de mil maneras su sabiduría.

Tan amplio es el fenómeno que hasta en nuestros mismos países los estudios latinoamericanos han comenzado a pulular. Ciertamente hubo más antiguos intentos, justificados por la exigencia de trascender el mero ejercicio académico y hacer de ello elemento de una lucha ideológico-política que trazara las raíces de lo que se denomina con insistencia “nuestra identidad”. Sin embargo, se trató de un momento populista que ha quedado en el pasado: parece evidente que el actual auge del latinoamericanismo en América Latina, salvo excepciones, es un reflujo de su crecimiento en los países centrales. Con ello se ha abierto un campo al grupo humano que aquí me ocupa. Porque es útil subrayar que para los latinoamericanistas, a diferencia de otros especialistas, es muy estrecha la distancia entre dos figuras en otras partes divorciadas: el académico y el intelectual. Pocos trabajos son exclusiva, llanamente profesoral, generalmente apuntan a los grandes temas del presente, la cita erudita convive con referencias a la nota de actualidad, a la polémica y a la política. Si es normal en toda latitud que el escritor sea al mismo tiempo crítico, no es tan frecuente como entre nosotros que el crítico sea al mismo tiempo escritor, que asiente opinión en la prensa y hasta se lo vislumbre en el poder, la diplomacia, los organismos internacionales, la oposición o el duro exilio.

Esta multiplicidad de funciones guarda relación con las realidades que el citado trabajo de Ángel Rama observaba en la Colonia. Se ha dicho que en América Latina el intelectual es desde fines del XIX un profesional de la cultura que vive de su arte y del público, a diferencia del letrado-político-diplomático de las décadas anteriores, muy cercano al poder estatal, o del poeta atento al mecenazgo. Esto puede responder a la situación europea, pero entre nosotros son grandes las continuidades con las épocas anteriores, y la autonomía todavía conoce dificultades de

bulto en nuestros países, donde el favor oficial, directo o delegado por los caudillos culturales, es ingrediente repetido y a veces imprescindible para el éxito de las creaciones del espíritu.

La novedad, en todo caso, serían las estrategias: en la Colonia, la legitimación del poder se realizaba por métodos que hoy nos parecerían de una grosera ingenuidad, al presentar al rey como una especie de Júpiter en potencia y gloria, a los gobernantes como dueños de inmensas virtudes, al pueblo como esencialmente ignorante. El siglo XIX inventó, y en gran parte el invento nos corresponde, la demagogia política y cultural. A esta última se asignó la búsqueda de métodos continuamente refinados para convencer al pueblo antes humillado que en él se halla la fuente de toda legitimidad, y los gobernantes son sus humildes sirvientes. El perfeccionamiento de esta técnica culminó cuando a este mismo pueblo se le empezó a decir que en vez de ignorante era dueño de una sabiduría innata, intuitiva, ancestral, que superaba toda ciencia libresca, y que en ella debía basarse el gobernante responsable. Desde comienzos del siglo XX los intelectuales dedicaron un cuerpo creciente de escritura a probar tal superioridad popular, que los letrados en su error habían despreciado.

Estas formas de demagogia no nos son exclusivas, y todo el Tercer Mundo ha elaborado consolaciones parecidas. Para ello se han desarrollado por doquier aparatos de propaganda eficaz, instituciones *ad hoc*, personal capacitado, que sirve para sostener la dura mano que detenta el poder: nos enteramos así de una ideología africana primordial, opuesta en su mansedumbre y valores ecológicos a la mentalidad guerrera de los europeos; en el Islam se nos convence del fondo cultural ubérrimo de esta civilización, saqueado por los países hoy centrales que gracias a esas conquistas culturales ajenas han podido construir su civilización materialista y próspera.

Pero nadie alcanzó en refinamiento al intelectual latinoamericano. La pericia lograda en este ejercicio le ha permitido trascender fronteras: América Latina ha tenido un éxito sin par como exportadora de demagogias. Por algo inventamos la teoría de la dependencia. Verdad que en esto no fuimos los primeros, y hubo muy tempranas giras de “gurús” de la India, mientras los rusos ya en la *Belle époque* medraron novelando su atraso y ofreciéndolo al público de Europa occidental como expresión de hondas corrientes místicas. Quizás éstas eran y son realidades, pero después de la Revolución Soviética no podían ya ser mostradas como mensaje al mundo, y a pesar de la obra de refugiados como Nicolás Berdiaef, Rusia permitió que América Latina aprovechara su invento.

Vemos que, efectivamente, a partir de las primeras décadas del XX los mercados europeos empiezan a gustar de otra pintura del primitivismo: la Guatemala de Asturias, los llanos salvajes de Gallegos, la voraginosa selva de Rivera,

las expresiones musicales que la radio y la victrola permitían. Y después, ya con más conciencia, mundos anchos y ajenos y los paisajes naturales y sociales del *boom*. Otros géneros han aprovechado: el arte figurativo, desde el *naïf* caribeño hasta los gordos de Botero; y el cine, que ha vendido con provecho pinturas del subdesarrollo: *Amores perros*, *La Virgen de los Sicarios*, *La Ciudad de Dios*, un *crescendo* de violencia y miseria surrealistas.

Y junto al arte, la ciencia se hizo vendible. Del polígrafo decimonónico fue derivando el actual intelectual que lee periódicos, mira la televisión, escucha opiniones en los congresos, sorprende revelaciones de sus sirvientes, observa desde las ventanillas de su coche o del avión a vendedores ambulantes, indígenas que ofrecen mercancía china, naturaleza degradada, taxistas con título universitario, sinvergüenzas que tratan de sobrevivir, jineteras y piqueteros. Desde sus alturas entre la auténtica aristocracia, que es la del espíritu, relaciona todo con tendencias profundas, tradiciones, realismos mágicos, inspiraciones arielistas, razas cósmicas, tradición revolucionaria martiana.

Pero en pocas partes se da tal control de los intelectuales sobre la interpretación de sus países como el que aquí vemos. De acuerdo con las coyunturas, denuncian al imperialismo o al perfecto idiota, y es sabido que a menudo son los mismos individuos que fluctúan entre una denuncia y otra: explayando ideas “fuera de lugar”, es figura ya folklórica de América Latina el izquierdista juvenil que se integra al aparato de poder en la madurez; pero también se da el espectáculo del joven católico y conservador que más tarde recicla sus convicciones y termina en confusas alianzas con el otro extremo ideológico, siempre movido por un odio tenaz a la modernidad.

Estos intelectuales latinoamericanos han sido omnipresentes en el periodismo, la diplomacia, las organizaciones internacionales. Por doquier han desplegado feroces luchas, porque los puestos disponibles solían ser escasos. La academia ha venido a abrirles nuevo espacio, desde el cual han reciclado sus funciones. Recordemos que cuando el neologismo *intelectual* apareció en Francia, se abrió camino memorable entre las definiciones que proliferaron, la que propuso Georges Sorel: “los intelectuales pretenden ser los que piensan en la sociedad, en realidad son los que *cobran* por pensar”. En América Latina todos pensamos diariamente, en medio de nuestro vivir peligroso, sobre las razones de nuestra precariedad. Al unísono, hay algunos que reciben emolumentos por hacerlo. ☑

Hernán G. H. Taboada (Buenos Aires, 1956). Profesor de historia por la Universidad de Buenos Aires, maestro en Estudios de Medio Oriente por el Colegio de México y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue editor de la revista *Cuadernos Americanos* y es actualmente investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe – CIALC de la UNAM. Su libro *La sombra del Islam en la conquista de América*, publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el FCE, apareció recientemente.